

## El Manifiesto republicano

### LA JUSTICIA

Como no podíamos menos, dada la importancia que tiene la función, también el Manifiesto republicano se ocupa de la administración de justicia, aunque no tan detenidamente ni con la valentía que demanda la reforma.

Los mismos gobiernos de la restauración convienen en las deficiencias de nuestros procedimientos de enjuiciar y en los vicios y defectos de que peca la administración de justicia, cuya viciosa organización da origen á tremendos abusos, á crueles injusticias, á desigualdades que irritan, sublevando la conciencia de los hombres honrados que tienen que ver con los Tribunales.

Tanto el personal directivo como el subalterno, éste aun más que aquél por la acción más directa é inmediata con el público, deben desaparecer totalmente, mediante una verdadera revisión cuanto al primero, y una selección muy escrupulosa por lo que al segundo se refiere, no violando los derechos justos y legítimos, sino procediendo rápidamente á depurar hechos y deducir responsabilidades. Es decir, que ese mismo código de que tanto han abusado algunos de ellos marque sus responsabilidades, y les imponga la sanción correspondiente al delito.

No es posible desconocer probidad, honradez, sabiduría y verdaderos conocimientos en funcionarios de todas las esferas y de todos los órdenes y ramos en que se divide la administración de justicia. Pero hay que convenir también en que las polacadas, los abusos, los verdaderos atropellos de los gobiernos han abierto brecha y mancillado la honra y los prestigios de esta institución, á la que hay que dotar mejor, disminuir las jerarquías, simplificar los procedimientos y purificar el ambiente en que se agita con todos los vicios, con todos los defectos, con todos los inconvenientes del antiguo régimen, que no se supieron ó no se quisieron destruir por los legisladores de la restauración.

La moralidad corre parejas con la absoluta falta de educación, y el trato muy deficiente de que es objeto el público por los funcionarios que alardean de severidad rayana en grosería contra los serviles, y que se prosternan sumisos, y complacientes cuando tienen enfrente algún poderoso personaje.

Demanda la justicia medidas radicalísimas por lo que al personal se refiere, que nosotros suspenderíamos en el acto para comenzar de nuevo con personal completamente nuevo, sin perjuicio de reintegrar en sus puestos ó en los similares que se crearan á los funcionarios que hubieran salido bien librados de la instrucción á que debía someterse á todos.

Supresión de derechos á todos los funcionarios, disolviendo esos colegios, que no son más que centros contrarios á los intereses del país. Supresión de sustitutos y habilitados. Responsabilidad gradual á los funcionarios directores y á los subalternos, que dependerán del Estado.

La responsabilidad se hará efectiva rapidísimamente, sin el antejuicio, licencia, etc; que hoy prescribe la Ley y que no es más que un recurso para imposibilitar la acción del particular. Vigilancia estrecha y rigurosa de inspectores ajenos por completo á las funciones judiciales. Señalamiento máximo de la educación de toda clase de juicios, haciendo responsable al juez y á los subalternos de la prolongación de un día más, sin perjuicio de las responsabilidades que en sus derechos ó intereses puedan corresponder á las partes.

Toda benevolencia, toda transacción en este punto con el sistema actual; todo acto de debilidad ó toda omisión que acuse miedo para acometer la reforma tan radical como necesaria, significará un golpe asestado en el corazón de la República y un desencanto en la conciencia del país, que quiere equidad, justicia y orden, que tranquilice las conciencias y sea garantía del derecho de todos.

Sin esto imperará el favor, perdurará el abuso, y el régimen caerá envuelto en todos los vicios del actual sistema.

Si ha de haber justicia es preciso destruir el

año arbol por el tronco; si atendemos sólo á la poda de las ramas, naceremos desacreditados.

A. A.

## Nota del día

### HAY PUNTALES...

Con acentos jermiácos, los que se conducen de oficio por la muerte del general Martínez Campos aseguran que desde esta hora falta á la institución majestática su más firme puntal.

Y haciendo conjeturas para lo porvenir, temen por la suerte de nuestra lucida monarquía.

Pecan sobradamente de pusilánimes esos fervorosos dinásticos, más afligidos ante la idea fatal de que el turrón pudiera escaparse, que ante la probabilidad más ó menos remota de que la corona quedara indefensa, vencida y pobre.

Por mucha que sea la fuerza que irradió hacia el trono de los Borbones la traición de Sagunto, no es tanta que por sí sola mantenga en su pítanza al poder real, ni es toda la suficiente para que, sin ayuda de segundo elemento, corran vida beatífica las instituciones.

Hemos progresado, mal que nos pese confesarlo, por virtud de las saludables enseñanzas y confortantes ejemplos de la restauración.

A la espada sangrienta, á la fuerza destructora, ha sustituido con ventaja la cogulla persuasiva.

Emblema por emblema, entre el tajante acero y el cerquillo perfumado, no es dudosa la elección, y aun más si entre damas anda el juego.

Murió Martínez Campos, pero vive Montaña. Murió el general, pero queda el jesuita.

Hoy, que las graves cuestiones que á la realeza y al interés de la Patria afectan, se resuelven en los confesonarios, desde donde parten con discreción, pericia y habilidad, las órdenes y las inspiraciones que han de causar estado, ¿qué importa que caiga un puntal como Martínez, símbolo de una aventura?

Sagunto con sus gritos borbónicos, sus soldados en el campo de batalla, y su general traidor á la República, no se repite.

Todos los Saguntos que esperen los timoratos saldrán amasados sin gritos, sin regimientos y sin generales, del Vaticano y de Loyola.

No teman por el puntal caído.

Hay otros puntales que valen más, desde que la espada se convirtiera en guardián de la cogulla.

J. MARCIAL DORADO.

## Murmuraciones

Como el telégrafo está mudo, no podemos tomarle el pulso á la política nacional.

Si sabemos, no por obra de varón, sino del Espíritu Santo, que todo sigue igual.

Que Silvela, rehecho de la profunda desgracia de haber perdido para siempre al que le dió la primera cartera de ministro, se dedica con empeño á arreglar lo de la Marina.

Convencido hasta la saciedad de que necesitamos barcos para entretenernos, y para entretener al personal, anda meditando de dónde va á sacar los acorazados y los cruceros.

El ministro de la Guerra, por su parte, entre sermón y misa, y entre novena y confesión, se pone al habla con las casas constructoras de cañones de tiro rápido, para ver la manera de la que nos vamos á valer para adquirir los que nos habrán de quitar el día que se decida acerca de la suerte que nos haya de caer en el reparto que hagan las grandes potencias de las vestiduras españolas.

Allende Salazar, ministro de Hacienda con la nariz mala, se propone, cuando le remiendan la nariz, discutir los céntimos, con el fin de poder acceder á todas las pretensiones que se le formulan, entre ellas los millones de pesetas que habrán de dárseles á la princesita para que pueca contar con una dote digna de su estirpe.

Vadillo, el celebrado Vadillo, sacristán con toga y muceta, arreglando los establecimientos penitenciarios para que en ellos puedan mangonear frailes y beatas, y que, á la hora de la chamuschina, no les coja desprevenidos, y, en último caso, se lleven hasta los cerrojos de las cárceles.

García Alix, ministro de Instrucción pública, enredando la madeja de la enseñanza, con el objeto de que los estudiantes brutos lo sean más.

Gasset, ministro de Agricultura, ensayando los últimos arados en la confección de su querido *El Imparcial*, de donde salió y adonde volverá, una crisis mediante.

Todos y cada uno mirando, por supuesto, por la regeneración del país, y la regeneración sin llegar.

Viene en tren de mercancía, y está parada por ahí en alguna estación de poco tránsito.

\*\*

El *Suplemento* de la *Revista de Tribunales* dice cosas horrosas de la Higiene, porque sabe un sin fin de tropelías de las hechas en la calle por esos señores que se llaman autoridades. Dice que á las chicas guapas que de noche solas salen llevan detrás alguciles con el encargo de darles, el disgusto... si no pagan cuarenta ó cincuenta reales. Que el Gobernador no vive, que el Gobernador no sale, que el Gobernador no piensa más que en eso... ¡Qué notable nos resulta el señor Cuesta gobernando en este valle andaluz, grandiosa mina con la mar de minerales!

\*\*

La *Bandera Regional* de Plasencia dice lo siguiente:

«En Montehermoso están los ánimos indignados contra el cura por haber resultado embarazada una hermosísima hija de un labrador, viviendo ahora el cura en compañía de otra joven, también muy bella.

Hasta los chiquillos hacen objeto de sus burlas al buen padre... de almas.

Y que nieguen los impíos la moralidad de la gente de sotana.»

Nosotros los impíos no negamos la moralidad de dichos señores.

Lo que negamos es la castidad.

Y una cosa es la castidad, y otra cosa es la moralidad.

Ese cura puede ser un cura moral, no obstante haber resultado embarazada una hermosísima hija de un labrador.

Porque esas cosas se hacen moral y evangélicamente. *Crescite et multiplicamini*. Y el cura de Montehermoso se *crescita* y se *multiplicanea* hermosa y labradamente.

Ahora bien; eso de vivir en compañía de otra joven, también muy bella, ¡ya no es moral!

Porque dejar á la hermosa labradora con su curita chico, y enredarse con otra, eso... es un adulterio manifiesto, y una ingratitud.

Aquí lo del loco Amaro:

—Quien hizo el cohombro que se lo eche al hombro.

Y ese cura no se lo echa.

Sino que se lo deja á la hermosa labradora para su entretenimiento.

\*\*

La generación que se va:

«En la noche del 24 del corriente ha fallecido en el hospital de Ciudad Real una anciana que contaba cien años de edad.

En la misma sala, y cama contigua á la que ocupaba la difunta, se encuentra otra anciana que suma la respetable edad de ciento dos años.»

¿Habrá alguno, de la generación presente, que llegue á esa edad?

Desde que inventaron las bendiciones apostólicas muere la gente más pronto porque el Vaticano recoja dinero.

\*\*

Dice *El Noticiero* de hoy:

«Al salir ayer tarde de la plaza de toros por la puerta del Baratillo el rico propietario de Constantina D. José Morón, acompañado del matador de novillos Angel Carmona, el *Camisero*, unos raterillos le sustrajeron del bolsillo del chaleco un magnífico reloj de plata.»

Colega: Ó falta reloj, ó sobra rico propietario.

Porque tanta riqueza pa llevar un reloj de plata, cuya magnificencia no pasa de doce pesetas con garantía y todo, me parece que no compajina.

\*\*

Anuncian de Campanillas que las lluvias han causado en todos los predios rústicos muy considerables daños. Pues con tantas campanillas, pudieran haber logrado, pagando unas rogativas, de que no lloviera tanto.

\*\*

Verán ustedes cómo se portan los bandidos yanquis. Bandidos, según los llamaba nuestra prensa de grande y de pequeña circulación:

«Recordarán nuestros lectores que el mismo día que sucumbió en el Caney, cerca de Santiago de Cuba, el general Vara del Rey, pereció también el coronel Sr. Baquero, que mandaba las fuerzas que defendían la loma de San Juan, sin que su cadáver fuera hallado, no obstante las investigaciones hechas oficialmente y por la familia del heroico desaparecido.

No hace muchos días recibió el señor ministro de la Guerra una carta de un coronel del ejército americano que asistió al combate, diciéndole que aquél murió destrozado por una granada, y que, al ser enterrado, le recogió el reloj, una sortija y otros objetos de valor, que pone á su disposición para que los haga llegar á los herederos del coronel señor Baquero.»

Exactamente lo mismo que hicieron los españoles cuando en Punta Brava dieron muerte á Maceo.

Que uno se llevó el reloj, otro se llevó el revólver, otro los calcetines.

Menos á Maceo—que era lo que debieron librarse—todo lo demás desapareció como botín de guerra.

Y... ¡por ahí estará empeñado!

CARRASQUILLA.

## Martínez Campos

EN MARRUECOS

(INTIMIDADES)

II

En la campaña de Melilla salieron á luz todos nuestros vicios: ninguna de nuestras virtudes. D. Quijote se vistió la armadura y recorrió España, enloqueciéndola con sus dislates.

Queríamos trofeos de orejas, escalar el Gurgú, poner la cruz en el propio palacio del emperador de Marruecos.

La pintoresca sacudida nacional de Melilla sirvió para demostrar que no habíamos adelantado un palmo desde la conquista de Granada hasta nuestros días. Sentamos el mismo odio de los antiguos cristianos, iguales fanatismos, idéntica patriotera de romance de ciego. Aún no habíamos perdido tres colonias ni sentido en las mejillas el tremendo bofetón de Santiago de Cuba.

Llevábamos por entonces el chambergó con cierta gracia, poníamos la mano en la empuña dura de la tizona con alguna gentileza... Hoy el sombrero de apolillados plumajes se nos cae como á un borracho: la espada es un pincho de asador... El ideal político de la campaña de Melilla se encerraba en una copla que por entonces cantaban fregonas y soldados con gran éxito:

«De las barbas del Sultán  
tenemos que hacer escobas,  
para barrer los cuarteles  
de las tropas españolas.»

¿No es verdad, queridos compatriotas, que somos muy brutos?

¿Teníamos acaso necesidad de afeitarnos al sultán? ¿Importaba á nuestra salvación el cristianismo ó el mahometismo, la cruz de Cristo ó el zancarrón de Mahoma? ¡Cuánta estupidez!

El negro fondo de la cuestión de Melilla era un vulgar proceso de contrabando.

Nosotros sabemos ser héroes para conquistar colonias; pero nadie nos gana á pillos para perderlas. Melilla era un presidio suelto; allí se robaba y se contrabandaba á calzón quitado. Aquella guerra debió terminar con un pinchazo á tiempo de los empleados del felato. Quisimos elevarla á categoría de romance épico, digno de una flor natural, y por poco perdemos 30 ó 40 mil hombres y 500 ó 600 millones.

Martínez Campos vió claro en la campaña. Sus cañonazos se redujeron á tomar té con los bajos del campo enemigo; sus conquistas á la de varios pilones de azúcar con que le obsequió la pillería moruna. En nuestra primera guerra de Africa no conseguimos otro fruto que el inspirado libro de Alarcón. Fuimos héroes, fuimos poetas, fuimos viejos cristianos; pero cuando llegamos á Tetuán nos volvimos á España cargados de ochavos morunos. Aquella gran representación final de la historia de España nos costó ríos de oro y cataratas de sangre. Y es que los españoles, cuando no tienen carlistas con que pelear, inventan moros. Al fin y al cabo todo es guerra civil, sea carlista, sea moruna.

Martínez Campos probó ser un habilísimo diplomático echando jarros de agua fría en el vino rancio de nuestras quijotescas leyendas. Faltaba el epilogo de su práctica, pero admirable campaña pacífica, y este epilogo consistía en traerse los ochavos morunos. Se hizo nombrar embajador cerca del Sultán de Marruecos para sacarle los cuartos. Su misión era difícil y

arriesgada. Moret quiso llevarla con ridículo misterio. No sabía el simpático general cómo decirnos que Moret prohibió el viaje de la literatura, de la pintura y el periodismo a Marruecos. Al fin se decidió a soltar el cañonazo. Un día nos llamó a su tienda de campaña. —Si ustedes van a Marruecos conmigo, les... fusilo...

Por entonces el general se resentía aún de las heridas que le causara la bomba de Pallás. Cuando nos acompañó a la puerta de la tienda observamos que cojeaba ligeramente. Era tan despreocupado, que despidió a la policía secreta desde el primer día.

Sin embargo, días después apresaban a dos soldados catalanes de un batallón de la reserva conocidos por anarquistas y que acampaban a dos pasos de la tienda del general.

Morote, Simonet, Muñoz, Boada, Gasset y yo, nos despedimos del caudillo hasta el valle de Josafat. Inmediatamente juramos seguirle hasta el fin del mundo. Fuimos a Tánger y compramos allí tiendas de campaña; alquilamos camellos, moros y caballos... Se hizo el ensayo general del campamento de la prensa una noche de luna en la plaza de Tánger, acompañados de dos moras muy arrebujadas y pudorosas, que luego resultaron feísimas. Además, tocaban muy mal la guitarra ó la guzla ó lo que fuera.

Seguimos hasta Mazagán embarcados, y esperamos allí al general que prometiera fusilarnos.

Mazagán conserva aún huellas de la dominación portuguesa; sus rejas murallas, inútiles como defensa, parecen ostentar la pedantería guerrera y el aire finchado de los portugueses coloniales.

Los moros se aduermen bajo viejos torreones lusitanos, canturreando el rosario musulmán de las setenta y pico de cuentas.

Cuando llegamos a Mazagán nuestra presencia causó admiración. Un moro, encargado de las Aduanas, quiso decomisarme un tintero, viéndolo en el rarísimo objeto. Se lo regalé y me hizo mil zalemas. Al día siguiente llegó el general embarcado.

Los moros tenían que hacer salvas para recibirle. Dispararon cañones viejísimos, fusiles, tubos de hierro.

Aquello recordaba *El terremoto de la Martinica*. Yo creo que los moros estaban entre bastidores imitando todo género de ruidos. Desembarcar el general y vernos, todo fué uno.

—C... ¡Ustedes aquí! —gritó.— ¡Pero son ustedes incogitables! ¡Los voy a fusilar!

Sépalos la historia futura. La primera palabra con que saludó el embajador a la tierra marroquí fué una interjección de hermosa y pura casta y raza española. Aquella noche se organizó nuestro campamento. Por vez primera escuchamos los cantos morunos, tan melancólicos, tan vagos, tan religiosamente candorosos.

Los soldados del sultán, tendidos junto a nuestras tiendas, usando por almohadas durísimas piedras, abrazados a la espingarda, se adormecían con somnolientas canciones, cuyos últimos ecos iban a perderse en el cielo cuajado de estrellas.

Martínez Campos y nosotros salimos de Mazagán en actitud hostil. Estaba prohibido que nos acercáramos a la embajada.

La ridícula sombra de Moret se interponía entre nosotros y el general en aquellos desiertos. No tenía sin cuidado la decisión del tiranuelo. La prensa que fué a Marruecos no teja flores para regalárselas al gran jefe de los reptiles don Eduard Dato. Eramos independientes; teníamos tiendas, caballos, camellos.

—¡Iremos a Marruecos! —dijimos al general —¡y fuimos! La primera jornada fué desastrosa. Nos sorprendió un temporal espantoso de agua.

Llegamos al primer campamento tendidos y mojados. Casi todos nos habíamos caído del caballo. Por entonces los correspondales de *El Liberal* y de *El Imparcial* tenían ruda competencia. Si uno de ellos mandaba un telegrama de 100 palabras, el otro se veía obligado a enviar 105; si *El Imparcial* dormía, *El Liberal* velaba. Así, que cuando se cayó del caballo el redactor de *El Liberal*, inmediatamente hizo, por caerse el de *El Imparcial* para no ser menos. Y nosotros, por compañerismo, nos fuimos cayendo también uno tras otro. Dormimos aquella noche sobre el agua. Pero antes de tendernos ocurrió un incidente digno de contarse. El general embajador no tenía *cognac*. Un asistente fué a merodear por nuestras tiendas.

Poco después se firmaban las paces entre el general Martínez Campos y la prensa, sirviendo de arras un caso de *cognac Domecq*.

Moret debió temblar en aquel momento. El general acreditó entonces ser maestro en el arte de hacer paces. El Zanjón del *cognac*, zanjó de una vez nuestras diferencias.

Fuimos desde entonces los mejores amigos del mundo. Ibamos en su escolta, caracoleaban nuestros jameigos delante del suyo. Cuando se detenia la comitiva, sentábase el general y decíanos sonriente:

—Pero ¡qué pillos son ustedes! ¡Y yo que les iba a fusilar!

¡Hermoso viaje! Siete días tardamos en recorrer inmensos desiertos. Delante iba el general ostentando su casco envuelto en un turbante blanco, detrás su escolta, luego montón de harapos moros y acompañamiento.

El Sultán nos había enviado su halconero de cámara: durante el viaje nos distrajo soltando el antipático avechúcho que cazaba pajarillos con suma destreza. De cuando en cuando salían de los aduanas niñas morunas de ensortijado pelo color ébano. Acercaban un cantarito de leche agría al general. Era una escena bíblica. El caudillo bebía y acariciaba a las moritas, que corrían por aquellos campos saltando y riendo... Continuamente corrían la pólvora fantásticos moros

vestidos de todos los colores del iris. Pasábamos a todo galope por el espeso toldo que formaban nubarrones de pólvora, entre gritos salvajes y saludos. Un día el general llamó a uno de sus ayudantes para que hiciera carrera de caballo con un gobernador moro. Era el ayudante don Juan O'Donnell, nieto del vencedor de la guerra de Africa. ¡Cuántos recuerdos vinieron entonces a mi memoria! Corrieron, venció el cristiano, que fué saludado con ¡hurras! El general se adelantó y dióle un apretón de manos. Entramos por fin en Marruecos un día de sol. Sólo en las óperas puede verse recepción parecida. Fuimos envueltos en un mar de caballos y aliqueles, rodeando murallas y monumentales puertas a los gritos de ¡Viva el Embajador! Descansamos, por fin, en el jardín de la Mamunia.

Era un bosque de naranjos, un huerto valenciano, guarnecido de palmeras, flores, zarzas, lagos, charcas y macizos. Pájaros blancos hendían el cielo azul ó se arrebujaban con sus transparentes alas entre la maleza obscura... ¡Aquello era soñar!

El general estaba preocupado. Tenía que leer el siguiente día su discurso de presentación al Sultán. Le veíamos pasearse pensativo entre los naranjos del jardín. ¡De fijo daba vueltas en su cabeza a las vulgaridades de la teórica oriental, tan fáciles de adquirir en los bazares literarios de Turquia! Era cómico ver al caudillo de Cuba y del Norte preocupado como un alumno de retórica y pensando en el consabido *¡Alah Grande es! ¡No hay fuerza ni poder sino en Dios! ¡Estaba escrito!* etc., etc. Al siguiente día fuimos todos a ver al Sultán. Sonaron dulzainas y músicas, apareció el soberano montado en un caballo blanco guarnecido de seda violeta, con estribos, bocados y pretales de oro. ¡Hermosa figura! Gallarda y gentil presencia! Martínez Campos estaba en pie. Con tono profético y entonado de *Otelo* del teatro de Novedades leyó su oriental discurso. ¡Parecía un soldado andaluz diciendo chicleos a su novia! Por cierto que hubo una equivocación ligerísima.

No sé por qué se atribuyó en el discurso al Sultán un abuelo que no había tenido. Y el pobre soberano se permitió rectificar, como si fuera uno de esos burgueses molestos que vienen a las redacciones a escribir sueltos. Se fué el Sultán hermoso preguntando por qué nuestros oficiales llevaban tantos plumeros. Se llevó la mano al pecho diciendo:

—¡Bien venidos!

Y desapareció por una puerta pintada de verde, mientras sonaban chirriatas y dulzainas.

Visitamos su jardín, grande como dos leguas manchegas. Vimos allí un yate destrozado, una fábrica de azúcar, otra de pólvora. ¡Pobre Sultán! Su cultura llegaba al extremo de preguntar una vez si cierto abogado que figuraba en una Embajada belga era el verdugo, porque para él justicia y verdugo era una misma cosa. ¡Era un Vellido de cuerpo entero! Su concepto de la industria está pintado con decir que, habiéndole regalado un ferrocarril de vía estrecha para el jardín lo hizo trizas, y que las máquinas de la fábrica de azúcar servían, cuando las visitamos nosotros, para divertir a las favoritas con el pito de las sirenas. ¡Las odaliscas se pirraban por el pito del Sultán!

Una vez despojado el general de ceremonias molestas, empezó las negociaciones. Iba al mediodía a ver al sultán; pero antes nos dedicaba muchos ratos.

Vivían su asistente y él juntos. Ambos tenían dos pantalones rojos con medias botas negras, anchos y comodones, que usaban sin distinción. Unos días llevaba el general los pantalones del soldado y otros el asistente lucía los calzones del gran cadete. Este venía muchas mañanas a vernos. Incansable fumador, culotaba pipas y más pipas. Iba en mangas de camisa, con una gorrita de cuartel. Era simpático aquel embajador para andar por casa. Su voz enérgica y expresiva se hacía oír de nosotros a larga distancia. Cierto día estaba de vena.

—Vamos a hablar mal de Sagasta —dijo al entrar.

Y se desbordó en chismes, cuentos políticos e intimidades curiosísimas. Su noble corazón odiaba la política. Hablaba como un muchacho, sincera, infantilmente.

—¿Qué creen ustedes que yo he sacado de la política? Nada. ¡Yo no he podido ni hacer diputado a Nido!

Nido era el director de *El Siglo*, el famoso periódico del general, que tiraba tres ejemplares: uno para Martínez Campos, otro para el duque de Tetuán y el tercero para... el director. Al fundar este periódico bien demostró el general que se había caído de un... Nido.

Jugaba largas horas al ajedrez con nosotros. Su buen corazón se demostró una vez en que, hallándose Morote enfermo, iba todas las tardes a su tienda y le hacía paternal compañía, permaneciendo en la cabecera largos ratos. Su recomendación al despedirse era la misma siempre:

—¡Cuidado con las moritas! ¡Ustedes son jóvenes! ¡No vaya a declararse la guerra por un negocio de faldas!

¡Oh las moritas! Ellas dieron lugar al incidente más sabroso de la Embajada. Venía en ella un buen señor agregado al ministerio de la Guerra. Su idea fija era seducir moras, y esto nos traía preocupados, porque la broma podía costarle cara en un país tan hostil, donde a cada paso nos insultaban ó escupían.

Pensamos curarle de una vez, y al efecto, cierta noche el pintor Simonet y mi amigo más íntimo se disfrazaron de moras. Entraron en la tienda del sátiro. Esté se precipitó sobre las moras y comenzó a refocilarse con ellas.

Mas en el momento en que gritaba con extrañeza:

—¡Pero cuánto pelo tienen estas moras! —la tienda, desatada por nuestros compañeros, cayó a tierra y desaparecieron las fingidas moras lan-

zando chillidos. El general, que conocía la broma, salió en aquel momento de su pabellón gritando:

—¡Qué escándalo es este! ¡A ver! ¡Que sea detenido el autor!

Al siguiente día, cuando la infeliz víctima de tan oportuna broma se sentaba a la mesa del general, éste, mirándole fijamente, le dijo:

—Cuidado con la sopa, no vaya a tener pelos.

La broma no paró ahí. Fingióse una carta del Gobernador de Marruecos, en que reclamaba la cabeza del culpable. El general hizo pasar mil apuros, pero le curó para siempre de sus fantasías moriscas, evitando quizás desagradables incidentes.

En efecto: bromeando y todo, las negociaciones tomaban un sesgo difícil. Vefanse Sultán y general a diario. Simpatizaron, se hicieron amigos. Eran nobles los dos. Pero la causa del general era difícil. Estábamos en un país hostil al cristiano, pedíamos treinta millones, no teníamos ninguna razón, porque el fondo de la guerra de Melilla era en realidad un asunto de contrabando sucio, cuyas pruebas conocía el Sultán.

Nuestra situación era mil veces más difícil que la de los franceses el día 2 de Mayo en Madrid.

Suimos que una noche estuvimos muy a punto de salir de Marruecos a uña de caballo y en son de guerra.

El general, interrumpiendo al Sultán, le gritó:

—C... Si no accedes a mis peticiones, esta noche salgo con mi bandera, que llevarán mis dos hijos, ayudantes míos. Nos matarán, pero habrá guerra y tus hijos serán vendidos como esclavos en el Sahara...

Se arregló, por fin, todo; ¡pobres moros, que que agradecerles que no nos mataran! Su odio era intenso, pero nos tenían miedo. Yo medí el odio por este hecho. Una vez íbamos a caballo por las calles de Marruecos. De pronto púsose frente a la cabalgata un pequeño moruno, de cuatro ó cinco años, paliducho y que lucía un gracioso rabito. Nos miró, y hombreándose, lanzó un escupitajo furioso contra los cristianos. Nos hizo tal gracia, que le acariciamos. Pero su odio era verdadero, imponente en medio de su pequeñez, mamado de generaciones mil.

Tres meses largos pasamos en el delicioso jardín...

Llegó el día de volver. Salimos nosotros delante. Nos acompañaba un capitán moro, Benaissa. Estábamos en la época del Ramadán ó Cuaresma mora. El pobre capitán no podía beber ni comer durante el día.

En la cuarta ó quinta jornada, y mientras el general roncaba su siesta tendido en la yerba, enseñamos nosotros al capitán una loncha de jamón y un vaso de vino.

Miró en su rededor, observó que no le veían, y cogió el jamón.

¡Su alma estaba perdida para Mahoma! En la Meca debió escucharse una maldición terrible...

Y esto sacamos de Marruecos. Unos ochavos, un moro convertido y además una sarna terrible que nos hizo rascar y rascar desde el primero hasta el último día...

¡Pobre general! ¡Lástima de Sagunto y del algarrobo! Era muy simpático. Yo no puedo hablar mal de él. Su nombre va unido a la época más dichosa de mi vida, cuando era más joven, más alegre, más soñador, más... moro...

RODRIGO SORIANO.

## De actualidad

### TRAGEDIA SANGRIENTA

Según noticias recibidas de San Petersburgo, hace pocos días se desarrolló en Tsarkoe-Selo un sangriento drama del que ha sido protagonista una aristocrática dama española.

Vivían en dicha población el barón W., secretario de la embajada rusa en Madrid, su esposa, y una agraciada joven de diecisiete años hermana de la baronesa, que vivía en compañía de ésta, desde que el barón W. dejó de pertenecer a la embajada.

Desde hace algún tiempo sospechaba la baronesa que su hermano no trataba a su marido solamente como cuñado, suscitándose con tal motivo frecuentes altercados entre las dos hermanas, que el barón trataba calmar, con su intervención.

Los buenos oficios del barón excitaron más a los celos de su esposa.

Recientemente se suscitó entre las dos hermanas otro altercado, y la baronesa, ciega de ira y de celos cogió un revólver de su esposo haciendo varios disparos a su hermana.

Esta intentó apelar a la fuga pero, perseguida por su hermana, que seguía haciendo disparos, recibió dos balazos, uno en la mano derecha y otro en un pulmón, que le produjo la muerte instantánea.

La baronesa se presentó a la policía de Tsarkoe Selo, declarando su delito.

La policía practicó un registro en casa del barón W. encontrando las puertas de las habitaciones completamente abiertas, muchos muebles en desorden, huellas de manos ensangrentadas y dos balas incrustadas en las paredes del comedor.

La fraticida ha ingresado en el hospital de la cárcel de Tsarkoe Selo.

### ¡LOCA Ó CRIMINAL?

La dama española que ha matado a su hermana es la baronesa Wrande, esposa del barón

Nicolás de Wrande que fué agregado de la Legación rusa en Madrid en 1891. (Entonces no tenía Rusia embajada en Madrid.)

La fraticida se llama María Luisa d'Elpaz y pertenece a una modesta familia.

Durante la estancia del barón de Wrande en Madrid se enamoró locamente de María Luisa que, huérfana de padre y madre, educaba a sus hermanos, la pobre Matilde, la víctima del drama espantoso que se ha desarrollado en Rusia, y dos hermanos menores. Otra hermana, la mayor, se había enamorado de un rico comerciante, abandonando a sus dos hermanos.

El barón de Wrande hizo el amor a María Luisa, se encargó de la educación de los niños y bien pronto la hermosa madrileña fué la querida del aristócrata ruso.

A los cinco años abandonaron a Madrid, llevándose a Matilde. María Luisa era madre y el barón quiso legitimar a su hijo.

Llegaron a Rusia y allí se celebró el matrimonio.

Durante algún tiempo, la casa de los barones de Wrande fué un paraíso; pero desde hace un año, María Luisa, celosa de su hermana Matilde, que era hermosísima, tenía con ella frecuentes altercados, altercados de los que ha sido sangriento epílogo la espantosa escena del hotel Wrande.

Según parece, los médicos rusos, en vista del estado de excitación de la baronesa, han decidido someterla a una observación, pues temen que no se encuentre en el pleno uso de sus facultades mentales.

El drama ha causado gran sensación en San Petersburgo, donde el barón ocupaba una elevada posición.

### DECLARACIONES DE PARAISO

Ha llegado a Barcelona D. Basilio Paraiso.

Interrogado por los periodistas acerca del objeto de su viaje a Barcelona, y del rumbo que han de tomar los organismos que dirige, ha manifestado que va a Barcelona para resolver asuntos particulares, sin que su viaje tenga que ver en nada relacionado con el Fomento, de cuya Sociedad se halla bastante distanciado.

El Sr. Paraiso ha manifestado que trabajará activamente hasta conseguir la implantación del programa de Zaragoza; pero que la nueva campaña de la Unión Nacional no dará principio hasta que el directorio resuelva sobre su dimisión.

Ha dicho también que jamás intentó hacer político el movimiento iniciado en Zaragoza, que él ha sido el primero en sacrificar sus ideas republicanas para que nunca pudiera decirse que la Unión Nacional tenía marcada tendencia política.

Respecto a su supuesta unión con el Sr. Romero Robledo, ha manifestado el presidente de las Cámaras que cuando los dos hombres públicos se avistaron en San Sebastián, el primero indicó la conveniencia de una unión por creer que el Sr. Paraiso goza de las simpatías del pueblo, pero no se pasó de ahí, porque la Unión Nacional no puede unirse, por ahora, a ningún político.

Respecto al problema industrial planteado en Barcelona, ha dicho que, a su juicio, el asunto lo agita un grupo insignificante que trata de acapararlo todo sin reparar en el justo clamoreo de una gran mayoría.

Ha terminado afirmando que mientras la política intervenga en la resolución de los asuntos de interés general, no se logrará nada práctico y que se impone la unión de todos los elementos sanos del país, marchando de acuerdo todas las provincias, como buenas hermanas, según lo exige el patriotismo recto y desinteresado.

El Sr. Paraiso permanecerá allí muy pocos días, regresando luego a Zaragoza, desde donde marchará a Madrid para presidir las sesiones del directorio.

### PROYECTOS INGLESES

Circula el rumor de que el gobierno de Inglaterra, en virtud de excitaciones hechas a Salisbury por los amigos de Cecil Rhodes, Chamberlain y Milner, se apoderará de Kruger, impidiendo de esta manera que disponga de los 75 millones depositados en Europa para continuar la guerra.

Dícese que si Kruger fuera capturado, el gobierno británico reclamaría dicha suma, condenando al expresidente del Transvaal por distracción de fondos del Estado.

Ha zarpado de Lorenzo Marquez, con dirección a Europa, el vapor alemán *Herzog*, conduciendo a bordo algunos pasajeros boers y varios funcionarios del Transvaal.

Dícese que Kruger vendrá a Europa en un buque alemán que llegará dentro de breves días a la colonia portuguesa.

Hasta esa fecha continuará alojado en casa del gobernador de Delagoa.

## PRIMERA DE FERIA

Indiscutiblemente el público tiene gran intuición. Ayer se olió que la cosa iba a resultar *esaboria*, y no acudió al reclamo del cartel con que le brindaba nuestro cabalístico empresario.

Ya sabemos, pues, que un programa que contenga los alías de *Revertito* y *Chicuelo* no hace temblar las esferas, ni aun siquiera provoca el nerviosismo de los firmantes de ese telegrama famoso en el que, ciertos caballeros, arrogándose la representación del público sevillano, *promettian* para los toreros cordobeses idénticos actos de salvajismo a los realizados por un...